

## **Prólogo<sup>1</sup>**

Para comenzar, quiero destacar la relevancia actual y futura del tema elegido, y lo oportuno de contribuir a recuperar nuestra historia de iniciativas asociativas, para aprender de ella y así poder afirmar y evaluar las propuestas sobre el piso firme de nuestra propia experiencia. En tal sentido, los autores han recuperado una serie de estudios previos, monográficos o más amplios, constituyendo así una nueva base obligada de toda investigación futura sobre el tema.

Leí esta obra valorando entonces su propósito de incluir al asociativismo en la agenda argentina del pensamiento social, para contribuir a una reflexión que nos debemos y que es altamente oportuna en el momento actual. La leí buscando en la historia claves para situar a las iniciativas asociativas sus sentidos y potencialidad como guía para la acción. Al avanzar en el texto, las conexiones que resultaban claras hace dos siglos se desdibujan a medida que nos acercamos al presente. Esto puede tener que ver con la materialidad misma del cambio histórico –pasando, de estructuras “simples” y discernibles para el observador, a estructuras más complejas y a que, a medida que nos acercamos al presente nos vamos deslizando de un enfoque propiamente histórico-analítico a otro más sociológico-descriptivo.

En este sentido, esta obra nos plantea una tarea urgente de continuidad sobre las nuevas bases que nos deja: registrar sistemáticamente no sólo las experiencias exitosas y formalizadas de asociación sino la multiplicidad de iniciativas informales, incluyendo las que ya se perdieron o las que no perdurarán, para que podamos reconceptualizar y aprender del análisis riguroso del conjunto de la experiencia colectiva. Y esto incluye comenzar a registrar testimonios orales de los actores actuales del asociativismo.

### **Sobre conceptos y métodos**

Es verosímil que hayan existido y existan, y por tanto tengan su propia historia y hayan contribuido a la historia de las matrices asociativistas en la cultura argentina, asociaciones efímeras o permanentes cuya presencia no ha quedado registrada suficientemente. En tal sentido, lo registrado es posiblemente la punta del iceberg. Si los diversos tipos de asociaciones tuvieran una similar proporción formalizada y registrada, esto no sería el mismo problema que si cierto tipo de asociaciones tiende a no asumir estatus formal. De hecho, ocurre con las ilegales, o con las no formales porque sus miembros no necesitan formalizarse (otras formas de sociabilidad y solidaridad que no pasan por el tamiz del reconocimiento por el Estado) o no pueden afrontar los costos de la formalidad.

En esto es preciso distinguir “institucionalización” de “formalización”. De hecho hay instituciones de mucho más larga data en América que subsisten sin estar incorporadas en la normativa legal, como las mingas, las fiestas de las comunidades étnicas, etc. (las fiestas de la comunidad negra o las fiestas de los coprovincianos en el suburbano bonaerense).

---

<sup>1</sup> Prólogo del libro: De las Cofradías a las Organizaciones de la Sociedad Civil, Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776-1990, de Di Stefano, R., Sabato, H, Romero, L.A. y Moreno, J.L.. GADIS. Buenos Aires. 2002

Viejos temas de la epistemología se plantean al lector de esta obra: ¿puede un único concepto de lo “asociativo” captar la variación acaecida a lo largo de un período histórico plurisecular, o deberíamos ajustar o diversificar el concepto de manera acorde con las transformaciones de sus referentes reales? La variedad de formas abarcadas como parte de esta historia, incluyen incluso sentidos contrapuestos: (a) desde asociaciones dirigidas a imponer una dada estructura social y sujetar a las personas, hasta asociaciones libres y abiertas de individuos; (b) tanto el sindicalismo anarquista, formado por activistas proactivos libres de entrar o salir, como el sindicalismo pasivo, por adhesión o por imposición a los individuos mediante pactos entre cúpulas sindicales y estatales; (c) tanto asociaciones en defensa de los intereses particulares de sus miembros como asociaciones creadas para actuar colectivamente en defensa de los derechos de todos.

Por supuesto, la cuestión no es sencilla de resolver. Por ejemplo: si el asociativismo es considerado un concepto propio de la modernidad, no puede incluir toda forma de comunidad, aunque supervivan a la sociedad antigua dentro de la modernidad. Las comunidades americanas de data precolonial, que incluso hoy todavía existen, aunque sea bajo formas sobreconformadas por la modernidad capitalista, deberían diferenciarse de las asociaciones libres de individuos. Para tal tesis, tampoco podría incluirse toda forma de agregación práctica o por identificación. De lo contrario, para extremar el argumento, podríamos estar incluyendo agregados sociológicos (los de origen católico, los negros, las mujeres, los obreros, los patrones, los que viven en la Boca, etc.) aunque sus formas de vinculación sean muy débiles, y organizaciones fuertes como un grupo de cosanguinidad, una empresa o un gobierno municipal y todos los que los integran en una u otra función.

En principio, debería ser parte del conjunto de asociaciones -diferenciadas dentro del conjunto de organizaciones colectivas-, *toda organización formal, de entrada y salida libre, producto de una decisión de un grupo inicial de individuos de asociarse de manera duradera para compartir o hacer juntos determinadas actividades, de acuerdo a reglas que ellos mismos se dan o a las que se adhieren expresamente.* (Esto con toda la relatividad del término “libre”, pues la entrada o la salida pueden tener un costo material o simbólico, o requerir determinadas condiciones vinculantes.) Esta definición supone un grado de conciencia de los individuos en lo relativo a las consecuencias de incorporarse, y una identificación -aunque sea parcial- con los objetivos, sentidos y significados de esa construcción colectiva. Presupone, además, la individuación.

En tal sentido, una comunidad de raíces ancestrales -donde la identidad de los miembros es inseparable de la totalidad que constituyen- no sería un ejemplo de “asociación”. Su forma de encarnar una solidaridad genérica no es equivalente a la de una asociación voluntaria de individuos o a la de un conjunto de organizaciones o personas -interdependientes pero autónomas- que se necesitan mutuamente para reproducirse (mediados o no por relaciones de mercado). Salvo que hubiera sido recreada como tal a partir de individuos, que recuperan o son portadores “descendientes” de esa identidad, y deciden reconstruir una comunidad que fue fragmentada y de la cual sus antecesores fueron separados o se separaron por propia voluntad en el pasado.

La “cultura asociativista”, ese conjunto institucionalizado de valores, predisposiciones, reglas y pautas de comportamiento comunes a la génesis, consolidación y desarrollo de

asociaciones voluntarias, puede pasar por épocas de auge o decadencia, en parte por su mayor o menor utilidad, en parte por su valor cambiante con la sociedad. Así, en el segundo capítulo de este volumen se muestra un paso histórico hacia asociaciones orientadas por la coalición y representación de intereses particulares –fundamentalmente materiales- compartidos y formalmente acordados, y este cambio es visto como progreso. Sin duda, desde la utopía de una sociedad democrática, la solidaridad como construcción socio-política es superior a la solidaridad como forma tradicional de sostener una estructura social.

Esto nos permite advertir que la historia reconstruida no sólo describe y contribuye a explicar un cambio sino que lo valora desde algún lado. Pero estos mismos puntos de valoración no son fijos y universales y, por tanto, tienen historia o responden a intereses. Los criterios para distinguir la “buena asociación” o la “buena sociedad civil” también están históricamente determinados. La relación cambiante entre el poder político de gobierno y los individuos-ciudadanos, y las intermediaciones de las organizaciones libres, constituyen una cuestión central y de desarrollo no lineal en esta historia. Un período inicial de promoción desde instancias políticas y de gobierno de las organizaciones de intereses privados -signada por la circulación de las elites entre posiciones de representación social y de representación política- es claramente diferenciada por los autores de un período en que las asociaciones son “liberadas” de la obligatoriedad de ser reconocidas por el Estado, si bien las ventajas de tal reconocimiento pueden haber seguido presionando para la formalización. Luego vendrían reflujos autoritarios de control y prohibición arbitraria. Planteo como idea que, para poder releer críticamente ésta y otras contribuciones a la historia de las iniciativas asociativas en la Argentina, deberíamos elaborar colectivamente una metateoría de lo asociativo, lo que incluye la historia del pensamiento científico y no sólo social sobre ello.

De hecho, valores y conceptos como los de justicia, responsabilidad, igualdad o solidaridad –tan centrales al asociativismo- son históricamente variables y deben ser analizados rigurosamente en su cambio, para diferenciarlos de esos términos invariables que los denotan. Como se indica en el libro, la igualdad podía ser vista como injusticia para quienes querían conservar el antiguo régimen. A nuestra vez, hoy enfrentamos una arremetida contra la igualdad en nombre del concepto neoconservador de “equidad”, y no podríamos dentro de 100 años (tampoco hoy) estar analizando la historia de las iniciativas asociativas durante esta transición sin analizar profundamente esa confrontación en el campo de los valores. Hoy vemos emerger el concepto de “tercer sector” y se multiplica el uso del término “sociedad civil”, y realizar la crítica del uso de esos términos y sus denotaciones y connotaciones será parte fundamental de la construcción de la historia reciente del asociativismo.

Es evidente la centralidad de un buen concepto de sociedad civil para encuadrar la cuestión de este libro. De hecho, los dos primeros períodos (1776-1860 y 1860-1920) son analizados incluyendo, como parte del desarrollo de las nuevas asociaciones, su participación en la formación de una esfera pública, mediante sus periódicos, sus posicionamientos ante acontecimientos políticos nacionales o locales, su contribución a la formación de valores propios del liberalismo político -en particular el racionalismo y una visión del mundo según la cual la sociedad puede ser construida por la voluntad colectiva-, la pugna entre los

podere eclesiásticos y sus asociaciones de raíz confesional y las comprometidas con la secularización, y, finalmente, el desarrollo de las formas corporativas propias de la sociedad burguesa. Como a la vez registran la vinculación de ese proceso de formación de la sociedad civil con el de la formación del estado-nación y la formación de nuevas elites dirigentes, puede intuirse la fertilidad del concepto gramsciano de sociedad civil en la organización que hacen los autores del campo de estudio. Sin embargo, el concepto de hegemonía no es utilizado para articular el análisis.

### **Asociativismo, coyuntura y cambio estructural**

Han pasado dos siglos desde que la separación de los trabajadores de los medios de producción y la indigencia y precariedad en la reproducción familiar resultantes multiplicaron las iniciativas asociativas desde las bases pero también impulsadas desde el estado. Hoy es la separación de los trabajadores de la posición de asalariados y las nuevas pobrezas e incertidumbres por la sobrevivencia lo que pueden volver a motorizar la unión informal –desde las redes de trueque hasta los comedores organizados por los desocupados- o el asociativismo –como las nuevas formas de autogestión de fábricas quebradas por la recesión- para encarar carencias graves de la población.

Para algunos, tal vez, “la historia se repite”. Sin embargo no es así. La cuestión social ha cambiado substancialmente. El sistema capitalista globalizado tiende ahora a excluir masivamente cuando entonces tendía a arrasar otras formas de trabajo para subsumirlas integrando a los trabajadores como asalariados. Hoy, a una pobreza estructural de larga data, se agrega el empobrecimiento vertiginoso de las familias de trabajadores, incluyendo las amplias clases medias que fueron generadas por el proceso de industrialización, por la formación del mercado interno y por el desarrollo de las políticas sociales del Estado. En cambio, sí parece que volvemos a sufrir las acciones de un poder con pretensiones imperiales (que rompe con los procedimientos propios de la hegemonía burguesa liberal), y un resurgir de las iniciativas sociales cuando el Estado en general y el sistema interestatal mundial mismo están hoy en crisis.

Con una altísima proporción de sectores medios -y en particular de profesionales y técnicos- expulsados del mercado de trabajo por las empresas y el Estado, y en ausencia de un sistema de seguridad social que cubra necesidades elementales, el asociativismo puede tomar un nuevo impulso, combinando la reivindicación ante el capital y el estado con la generación de opciones más autónomas y permanentes de producción cooperativa y reproducción solidaria. Puede también combinar de otra manera el “capital social” de los sectores medios con la energía y fuerza social de los obreros y peones y sus descendientes. Esta vez no sería para cooptarlos y usarlos como trampolín de las clases dirigentes, sino para refundar las instituciones de la clase trabajadora sobre bases más autónomas, con la capacidad de incorporar el conocimiento y la información que hoy requiere participar en la economía y en la gestión pública. Al pretender hacerlo, puede enfrentarse la misma crítica ideológica a que algunas de estas formas fueran sometidas durante el siglo XX, al ser vistas como meros instrumentos de la burguesía para menguar la lucha de la clase obrera y excusar al Estado de su responsabilidad por garantizar los derechos de los trabajadores.

Las condiciones estructurales han cambiado y, como bien registran todos los capítulos de esta obra, no puede separarse ni entenderse la historia (ni el futuro) del asociativismo sin

tener como trasfondo o sin considerar su imbricación con la historia de los procesos de conformación de las macroestructuras: la economía de mercado con sus ramas empresarias y de trabajadores, profesiones y oficios y las relaciones de poder allí constituidas; la sociedad (las clases, las comunidades y los procesos de individuación); las configuraciones y reconfiguraciones étnicas; el Estado y la formación de las instancias político-administrativas de orden nacional, provincial y municipal, con su correspondiente distribución de funciones de planificación, regulación y prestación de servicios públicos y seguridad social; el sistema político y de representación social; la urbanización (migraciones internas, crecimiento de las áreas metropolitanas y de ciudades medias) y regionalización del territorio; y las relaciones entre todos esos procesos.

Tampoco puede estar separada de la historia del proceso de constitución de la Nación y de su vinculación con poderes y sociedades “externos”. Este último componente del escenario en que se desenvuelve el movimiento asociativo puede operar indirectamente, a través del desarrollo de los macroprocesos ya mencionados (Estado y sistema interestatal, etc.) o directamente, a través de la internacionalización o globalización de dicho movimiento. Esto no se reduce a la transferencia de disposiciones y tradiciones asociativas así como los vínculos interoceánicos que transmitían la conflictividad europea a través de los inmigrantes, aspectos tratados en los primeros capítulos. De hecho, los flujos migratorios vuelven a invertirse y están surgiendo nuevas relaciones horizontales de comunicación y acción conjunta en redes globales y locales.

### **Un mismo término, diferentes realidades?**

Cabe entonces preguntarse si, más allá de las variaciones en las prácticas y formas, el concepto y sentido del asociativismo que surge desde la sociedad permanecen y permanecerán constantes a través de los siglos. Hay razones para dudar de ello si aceptamos que tal sentido está codeterminado, por un lado, por las motivaciones de quienes toman la iniciativa de organizar y asociar a otros o de simplemente adherirse y, por otro lado, por las macroestructuras en que esas iniciativas se insertan.

A comienzos del Siglo XIX comenzaba en Argentina un proceso que culminaría con la constitución del Estado nacional. A comienzos del Siglo XXI parece iniciarse su proceso de disolución (tal como lo conocíamos al menos). A comienzos del Siglo XIX se registraba una revolución tecnológica y política en el Occidente de cuyo centro dependíamos, que requería pasar de las comunidades a los individuos “libres”, condición para formar las clases asalariadas. A comienzos del Siglo XXI se registra una nueva revolución tecnológica, comandada por el capital a escala global, y la economía de mercado tiende a excluir a la mitad de la población mundial de la posibilidad de tener un trabajo asalariado. A comienzos del Siglo XIX se comenzaba a afirmar la promesa liberal de mejoría intergeneracional de las condiciones de vida y a institucionalizar el sistema de derechos, algo que el Estado del Bienestar iba a extender en la larga primera mitad del Siglo XX. A comienzos del Siglo XXI la revolución conservadora y neoliberal pretende acabar con la cultura de derechos y volver al Estado subsidiario. ¿Pueden las formas asociativas de los trabajadores tener el mismo alcance y sentido entonces y ahora?

¿El Estado y las Iglesias han pasado por épocas de gran conflicto y procesos de transformación. Pueden las formas asociativas –en su génesis y su conflictividad- tener las mismas opciones de vinculación con el Estado y las Iglesias? La formación de un mercado global de servicios educativos, de sistemas de acreditación, de regulación de la circulación de conocimientos y títulos está en gestación. ¿Pueden las asociaciones de profesionales y científicos tener las mismas funciones y vinculaciones con el sistema universitario y el resto de la sociedad? La dinámica del capital financiero no parece temer a los Bancos centrales y la pinza de la deuda y las condicionalidades ajustan al Estado hasta los límites de la gobernabilidad más elemental. ¿Pueden las cooperativas de autoconstrucción de vivienda ser vistas como formas de autoexplotación y de liberación de la responsabilidad del capital y de su Estado como se planteaba en los sesenta? Experimentamos una pérdida sistemática de legitimidad de la sociedad política y del Estado. ¿Constituye el reflujó actual de iniciativas de asociativismo una réplica de los mecanismos –intencionales o cooptados- para la emergencia de nuevos dirigentes y estilos políticos, o la crisis de la legitimidad de las representaciones políticas va a hacer que una parte significativa del asociativismo permanezca fuera del sistema político? El asociativismo actual y futuro, al basarse en una historia previa de fuerte individuación, hoy confrontada con el fin evidente de la “igualdad de oportunidades” ¿no llevará a la construcción de nuevas identidades colectivas y redes de relaciones intercomunitarias antes que a una construcción de espacios de relación interpersonal? Cuando el flujo migratorio era de afuera hacia adentro, las asociaciones de socorro y ayuda mutua, de beneficencia, de trabajos voluntarios, tenían funciones prácticas (resolver problemas compartidos), pero también simbólicas (preservar la identidad). Hoy una vez más el flujo se ha invertido, y los argentinos son los que emigran. ¿No debería el estudio del asociativismo *argentino* (no: “en Argentina”) seguir a esos argentinos y examinar cómo se asocian o articulan con las asociaciones existentes en sus lugares de destino? (No es el caso aún de Argentina, pero hay países latinoamericanos cuya “segunda aglomeración” está concentrada en una ciudad del extranjero.)

### **¿Podemos comprender el presente fuera de la contraposición de proyectos de futuro?**

Todo hace pensar que, siendo la reconstrucción histórica indispensable y de extrema ayuda, para encontrar el sentido del asociativismo -o de una categoría más amplia como la solidaridad- tenemos que investigar con rigurosidad sus formas presentes, lo que implica verlas como parte de una totalidad cuyo sentido es difícil de discernir sin una perspectiva de futuro o futuros posibles.

Los extremos de este largo período histórico son ambos de transición epocal. Sin embargo, aún siendo un trabajo laborioso y que exige rigurosidad, parece ser más fácil encontrar el sentido de aquellas formas asociativas cuando las analizamos como observadores con una perspectiva afirmada en el conocimiento de lo que sucedió durante los 200 años siguientes, que cuando examinamos las actuales como partícipes de un presente con un futuro particularmente cargado de incertidumbre. Si cada fenómeno social puede ser comprendido más cabalmente cuando es retroexaminado desde su futuro, esto puede contribuir a explicar la dificultad para hacer la historia reciente del asociativismo, pues será descubierto e iluminado de manera diversa según sea considerado fenómeno pasajero, regresión al pasado o nueva forma que prefigura el futuro. Y si no contamos ya con la pseudocerteza de una teoría finalista de la historia, al menos podemos leer el presente y su sentido (o pérdida de

sentido) desde una utopía de sociedad más igualitaria, más democrática, más respetuosa del ecosistema tierra, con otro nivel y manejo de los conflictos sociales, en suma: más sociedad. Esto provee criterios adicionales para discriminar entre la masa de organizaciones (como hace el concepto de “tercer sector”) por el futuro a cuya construcción pueden contribuir.

¿Podremos afirmar y demostrar que (como se muestra en el capítulo que cubre el período 1920-1976), mientras que en las décadas de desarrollo del “Estado social” las principales asociaciones fueron cooptadas y perdieron su autonomía porque el Estado cubría -o instaló la seguridad de que cubriría- las necesidades sociales de todos, en cambio hoy surgen definitivamente como asociaciones libres ante la retirada del Estado? ¿O será que, en un mar de carencias materiales, la dependencia se traslada ahora a otros agentes intermediarios del asistencialismo –ellos mismos vistos como asociaciones- y la autonomía tiene aún un largo camino por recorrer mientras seguimos debatiendo si es posible recuperar lo perdido o hay que construir algo inédito? Cuándo se habla de que el ímpetu asociativo viene de la sociedad ¿pensamos en procesos espontáneos o nos referimos a agentes promotores -no gubernamentales, confesionales o políticos- que promueven el surgimiento de determinadas formas asociativas?. En tal caso, si hay proyectos, ¿son gatopardistas o de cambio efectivo y en que dirección?

Hay otras dificultades y desafíos que la fructífera investigación presentada en esta obra va sugiriendo. Una, no menor, es que, reconocido el papel (variable) del Estado en la promoción o disuasión del asociativismo como construcción de esa trama de lazos sociales horizontales que integran una sociedad, la delimitación del Estado mismo convendría que fuera problematizada. ¿Es lo mismo Estado que Gobierno? La secularización y el proceso de separación de Iglesia (y derecho eclesiástico) de Estado (y derecho civil) y las contradicciones entre una promoción desde la política (sistema político y gobierno en formación) y una promoción desde organizaciones confesionales puede ser vista como una contradicción dentro del Estado en sentido gramsciano. El avance de la normatividad jurídica (como la Ley de Cooperativas de 1926) para incluir/controlar el asociativismo no puede comprenderse fuera de las luchas por la hegemonía (o el dominio) en una sociedad atravesada por conflictos entre clases, regiones, culturas, ideologías, proyectos. El penoso avance hacia la conformación de una ciudadanía cuyos derechos individuales (primero primordialmente políticos y luego sociales) variaron históricamente en su existencia y legitimidad pero estuvieron siempre en el centro de esa construcción, redefinió la funcionalidad de las organizaciones intermedias en general dentro del régimen político y de acumulación. ¿Cómo interpretar hoy al asociacionismo en relación a las bases sociales cuando hay nuevos actores, algunos de orden global, con proyectos y recursos para reordenar el campo de las organizaciones intermedias?.

La democratización se limitó a constituir un régimen de democracia delegativa, con su correspondiente separación entre representados y representantes –políticos y, en muchos casos, sociales. A la vez, se consumó la separación formal entre la sociedad y la esfera económica con su tecnocracia gubernamental operando en nombre de una racionalidad objetiva pero, de hecho, representando los intereses del establishment. Todo esto ha generado un enorme impacto sobre esa sociedad que hoy debe reabsorber funciones y generar nuevas formas de asociación. Esto se complica porque hoy no alcanza con

asociarse para cubrir necesidades elementales. El programa asociativista incluye hoy la gestión democrática del sistema de necesidades y el desarrollo de sistemas completos de producción social y de defensa de los derechos de todos ante la centralización y desplazamiento del poder político al directamente económico.

Se abre la posibilidad de un nuevo sentido político como resultante del movimiento de conjunto de las asociaciones. Muchas asociaciones surgen y seguirán surgiendo no para representar un interés particular sino con la pretensión de representar un interés universal. Tal es el caso de las asociaciones de defensa de los derechos humanos, de algunas asociaciones ecologistas, antiglobalización o de lucha contra la discriminación de todo tipo.

Dada la interdependencia que requiere la reproducción en la sociedad del conocimiento, retomar la autonomía en lo que hace a la garantía de las condiciones materiales de reproducción de la vida de todos y no sólo de sus miembros es otro interés que se anticipa va a crecer en esta etapa de transición, impulsado por el movimiento pro economía de solidaridad. Ello puede resignificar, por ejemplo, al movimiento cooperativista (más cooperativas comunitarias, más sinergia entre elementos de un mismo sistema productivo), mutualista (asumiendo funciones de coordinación entre niveles y haces de servicios) y en pro del desarrollo local (fundados en el desarrollo endógeno y la gestión participativa).

Otro desafío que enfrentaremos en el futuro es la relación de las asociaciones con el mercado y la creciente marca del mercado en la configuración social pos industrial. Ante el proceso de constitución del mercado interno del Siglo XX, las cooperativas de producción enfrentaron la tensión de tener que competir por las voluntades de los ciudadanos-clientes, y este estudio muestra que desde el comienzo surgió la disyuntiva de mantener las reglas de oro del asociativismo (igualdad, un miembro un voto, corresponsabilidad por el proceso productivo y en el uso de los excedentes) o adoptar modelos empresariales, separando la gestión del trabajo productivo y de la participación de los usuarios, ampliando por tanto la posibilidad del manejo de asambleas devenidas formales, del clientelismo, de las formas encubiertas de la ganancia, de la contradicción entre requisitos de acumulación y derechos de los trabajadores. Hoy ya se advierte la tensión entre una propuesta de economía social - que exige que las organizaciones económicas produzcan sociedad pero a la vez pasen la prueba del mercado y puedan competir con las empresas capitalistas- y la propuesta de economía solidaria -que es reacia al mercado y el dinero y aspira a ser subsidiada por trabajo voluntario o donaciones para poder mantener los valores de la solidaridad no contaminados por el eficientismo y la competencia del mercado capitalista.

En todo caso, ya fuera afirmando valores de solidaridad positiva (socialismo) o de defensa de la competencia ante los monopolios (liberales más radicales) el movimiento cooperativista floreció. Los autores registran que en 1955 había 2800 cooperativas con un millón y medio de asociados. Y que mientras el proyecto político de gobierno fue estatizador, hubo convergencia con el cooperativismo. Esto iba a cambiar con la furia privatizadora iniciada en los 70 por la dictadura militar y llevada a sus extremos por el gobierno Menemista en los 90. El cooperativismo y el mutualismo pudieron apenas perdurar o resurgir en pueblos donde el estado y las empresas privadas se retiraban por no alcanzar el umbral de la rentabilidad, o a caballo de la tercerización de los servicios en los territorios de las grandes empresas privatizadas, donde los trabajadores despedidos



podieron organizar cooperativas articuladas con los monopolios. Hoy todavía hay posiciones contrapuestas entre quienes aspiran a que el Estado retome esas funciones y quienes quieren que las asuma la sociedad y sus asociaciones.

Durante el industrialismo, los sindicatos fueron reflejando la organización de las ramas vistas como conjuntos de empresas competidoras en un mismo segmento de mercado antes que como sistemas productivos interconectados. La fragmentación generada por la división social del trabajo se iba a manifestar así en la continua lucha para evitar que la clase trabajadora fuera fragmentada ella misma, ahondando su pérdida de control del proceso productivo. Las Federaciones y Centrales jugaron un rol variable, recuperando la capacidad de actuación colectiva pero también jugando como correa de transmisión de una política verticalista, y muchas veces centrales patronales y obreras coincidieron en limitar la libertad de asociación y acción de los comités de fábrica. Las políticas de gobierno y la política del capital vieron en el asociativismo libre una amenaza al orden requerido para regular, negociar y controlar en las cúpulas del poder. Como muestra el capítulo del período 1920-1976, las formas asociativas comenzaron a especializarse según la clase que representaban. Así, en el campo, a los colonos correspondía la cooperativa, a los peones el sindicato y la ayuda mutua, a los terratenientes o los comerciantes la corporación. Otro impacto del mercado y el interés fue que ciertos productos, ligados al mercado interno o al externo, posibilitaron convergencias de las organizaciones de clases, generalmente ante determinadas medidas de política pública o acciones de grupos monopólicos (sobre bases de un interés regional, o de empresarios y trabajadores de sectores orientados al mercado interno vs. sectores exportadores o importadores, por ejemplo) y otros no. Hoy enfrentamos un mercado globalizado, y no es fácil reconstituir de manera permanente el mercado interno. La clase trabajadora ha sido fragmentada junto con las cadenas productivas, pero sobre todo por la masiva desocupación y precarización de la mitad de ella. Ya comienza a revertirse ese proceso mediante la reunificación –no sabemos cuan perdurable- de movimientos de desocupados, de trabajadores asalariados y de cuentapropistas así como de ahorristas. Como en el cercano Brasil, las centrales obreras o las redes que pretendan representar a todos los trabajadores deben complementar las luchas por el salario y las condiciones de trabajo con la iniciativa de impulsar la formación de cooperativas de trabajo y de consumo articuladas en sistemas productivos y reproductivos complejos.

Se constata en la obra que en el período 1920-1976, a la vez que continuó el desarrollo de asociaciones culturales e irrumpió el movimiento estudiantil pos reforma del 18, se registró un predominio creciente del interés utilitario circunstancial o estructural (obtener ventajas para los miembros) por sobre la afirmación de identidad como base de las asociaciones. También avanzó la politización, en parte como reflejo de acontecimientos de orden mundial (como la Guerra Civil española o la segunda guerra mundial). Esto mismo significó una contribución a la formación de una esfera pública, al debatirse las políticas nacionales y las posturas frente a las cuestiones mundiales mediante la contraposición discursiva o las acciones reivindicativas o de adhesión. La opacidad de la economía que iba a sobrevenir con la dictadura militar fue en parte resultado de que muchas de estas discusiones –en particular las relativas a las políticas macroeconómicas y sectoriales- pasaron a reuniones secretas de cúpula que favorecerían prácticas de corrupción de legisladores y funcionarios. Hoy la sociedad argentina viene manifestando de manera consistente su rechazo a esa forma de hacer política y definir políticas, si bien está aún lejos de contar con alternativas

operacionales para que las grandes decisiones sean consultadas al pueblo debidamente informado, y para avanzar en la democratización de los poderes locales, institucionalizando formas participativas de gestión que suponen un sistema legitimado de representación de todos los intereses particulares. El programa democratizante requiere entonces contar con un fuerte y renovado movimiento asociacionista.

Los períodos de represión, durante dictaduras o bajo gobiernos electos, parecen haber significado un sumergimiento del movimiento asociativista en la informalidad, máxime cuando se instauraron las formas más violentas de represión al movimiento democrático, que veían a los iniciadores de movimientos asociativos como potenciales insurgentes. Esa violencia vino desde el Estado pero también desde las burocracias políticas y sociales que se sentían amenazadas por el espontaneísmo no controlado. De hecho, las izquierdas políticas y la teología de la liberación, con sus utopías y su convencimiento de que era posible construir colectivamente otra sociedad, prendieron en el movimiento asociativista, como lo muestran muchas iniciativas registradas en esta obra, tales como las ligas agrarias del NE, los curas villeros luchando por la vivienda y el derecho a un lugar en las grandes metrópolis, los comités de fábrica, las asambleas locales de base, junto con reivindicaciones masivas pero menos politizadas como las asociaciones barriales opuestas a los impuestos. Hoy se verifica un rechazo a la política real, y a las actitudes proselitistas en general, pero un futuro pleno de asociaciones libres sin un estado democrático no parece viable. Y ese objetivo supone construir poderes sociales y políticos democráticos. El desarrollo e intrusión en los hogares de los medios monopólicos de comunicación de masas, con su capacidad de formar valores y disposiciones y de actuar vertiginosamente en tiempo real, plantea aquí un nuevo desafío al asociativismo: cómo hacer que sus propias redes de difusión y comunicación horizontal complementen a las asambleas de base territorial y permitan participar en acciones colectivas de escala incluso planetaria.

La represión generó temor y disuadió, pero pronto dio lugar al surgimiento de asociaciones de derechos humanos, primero ligadas a la defensa de libertades y al reclamo de responsabilizar a los que ejercieron el terrorismo de estado, especialmente en lo referido a los desaparecidos, y luego extendiendo su reclamo al conjunto de los derechos humanos que el Estado y sus políticas basadas en el Consenso de Washington negaban. Como registra este trabajo, nuevos intereses e identidades surgieron, como los feministas, gays y ecologistas, en buena medida por influencia de movimientos globales. Nuevas formas como las fundaciones y ONGs fueron promovidas en parte como reagrupamientos ante la exclusión y la retirada del Estado, en parte por el proyecto de tercerizar la política social impulsado por el mismo Banco Mundial. Y no faltaron las ONGs y cooperativas “truchas”, aparatos de corrupción, de explotación del trabajo ajeno, de asistencialismo estigmatizador con otra cara. La cuestión de los recursos para las asociaciones osciló entre la dependencia del Estado y su aparato de asistencia social y las fundaciones nacionales e internacionales, con lo que la agenda del asociativismo fue muchas veces marcada por la de los donantes. En el futuro el desafío será que los ciudadanos asociados puedan generar sus propios recursos de manera autónoma, y que un Estado democratizado redistribuya con justicia y transparencia el excedente y la renta que genera la economía capitalista.

Hoy el problema más acuciante de millones de argentinos es comer y vestirse, pero también vuelve a ser necesidad insatisfecha refugiarse, transportarse, acceder a la salud, obtener

tarifas sociales de servicios indispensables, acceder a la educación secundaria y continua, y recuperar espacios de sociabilidad y contención afectiva. Este conjunto de necesidades reclama la organización solidaria de las unidades domésticas de los trabajadores y trabajadoras, organizando sistemas de seguridad alimentaria, comprando juntos para aumentar su poder en los mercados, intercambiando trabajos fuera del mercado monetizado como en las redes de trueque. En un futuro sector de economía del trabajo la mujer desempeñará un papel central, tanto en la lucha reivindicativa como en la producción y la reproducción. La moral de las multitudes urbanas se contrapone ya a los aumentos de tarifas de servicios, de los precios de productos de primera necesidad, contra la usura y contra el saqueo de sus ahorros por los grupos económicos más concentrados. Y si se asocian volverán a desarrollar sus propias redes de ahorro y crédito. Los movimientos de desocupados que gestionan subsidios laborales podrán optar entre organizar la economía popular como en Ciudad Mosconi, mejorar el habitat popular y autogobernarse antes que desarrollar nuevas formas de clientelismo político o social.

La crisis abre inmensas posibilidades para la iniciativa asociativa desde las bases, para mejorar las condiciones de sobrevivencia de los asociados, pero las falencias del mercado capitalista y del Estado nacional exigen que esas iniciativas, para ser eficaces y atender a fenómenos de exclusión masiva, se articulen como nunca antes, que conformen redes de producción y reproducción de base territorial, local e interlocal cuyo objetivo sea la reproducción ampliada de la vida *de todos*. Para ello, deberán contribuir a redirigir la capacidad del Estado de producir bienes públicos de calidad y acceso universal: educación, capacitación, salud, justicia, seguridad...deberán entonces, “hacer política”. Y, al emprender estas complejas tareas, las redes y asociaciones se constituirán nuevamente en un campo de prácticas donde emerjan nuevos sujetos colectivos, capaces de dar fuerza a la imprescindible democratización del país.